



El Rostro Divino-Humanidad

www.espiritualidadyevangelizacion.org

Si de Dios aceptamos los bienes: *¿Por qué no vamos a aceptar los males?*

Jb 2, 10.

Por: Ricardo I. Alaniz Rosas

Queridos amigos y hermanos en la fe, el Señor nos está llamando y nos anima a volver la mirada a su rostro de ternura y compasión. Esta cuaresma, realmente nos hemos introducido en la aridez del sinsentido, pero sólo el amor del crucificado puede hacer nuevas todas las cosas y en ello podemos tener certeza de que su presencia es innegable e irrenunciable en nuestra historia. Él es quien la guía, la sostiene y la conduce por caminos seguros.

Escudriñar la Palabra de Dios, siempre es fuente de consuelo y esperanza, por ello les animo a “rumear” un versículo de uno de los libros poéticos-sapienciales que contiene nuestra Sagrada Escritura: el bello libro de Job. La narrativa de esta literatura profundiza en una de las realidades que no podemos evadir en nuestra vida, la presencia del sufrimiento. Es ahí donde Job se redescubre, cambia sus categorías retribucionistas y comprende que todo es obra y don de Dios. La prueba no siempre es fácil, conlleva siempre un movimiento interno del corazón, porque sólo Dios es el único que puede crear del No-ser, y es el único que dota de sentido nuestra vida.

Por esta razón, Job al ser consciente de la vivencia de su sufrimiento comienza con una actitud de valentía y heroísmo al encarar la adversidad, pero en el transcurrir de la narrativa, Job -como cualquier ser humano-, como tú y como yo, es presa del pesimismo y su fe comienza a agotarse. Job en el prelude de todo el “absurdo” que estaría por vivir, nos ofrece una frase muy realista: “*Si de Dios aceptamos los bienes, ¿Por qué no vamos a aceptar los males?*” Jb 2,10. Y es con

justa razón, que lo expresa, ya que, por una actitud de justicia, no sólo podemos estar abiertos a aquello que nos produce bienestar y puede *llevarnos a un acomodamiento de nuestra vida*, sino que en la misma adversidad se encuentra una oportunidad profunda de cambio, donde aquello que vemos como “mal” puede asumirse desde la experiencia de la fe que siempre busca realidades más profundas en nuestra vida y siempre clarifica aquello que en su momento puede ser total obscuridad.

La bondad de Dios es certeza, y Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Es ahí donde el sumo bien se realiza en nuestra historia reconociendo tantas bondades que nos rodean: la familia, el trabajo, la alegría del compartir la vida, los amigos, los bienes materiales, etc. Pero también, Dios ofrece el contraste de la bondad, el “mal” que puede definirse como: “ausencia de Bien” en el cual, pareciera que hasta el sumo Bien se aleja de nosotros, sin embargo, es cuando más nos ratifica su presencia y amistad. Cuando parece que Dios duerme, como nos lo narran los evangelios, Jesús es despertado de la barca para reprender la tempestad, entonces pregunta: *¿Por qué siguen dudando? ¿acaso aún no tienen fe?*, el escenario es agobiante, un mar encrespado donde no parece que exista bondad en las circunstancias, pero Dios siempre es Bondad y *aun en lo que parece maldad, solo él saber ser bueno*.

Que nuestros miedos e inseguridades no nos lleven a agudizar la presencia del mal en nuestra vida. Si aceptamos de Dios los bienes, *aprendamos a mirar en los males oportunidades de crecimiento, de reanimarnos desde nuestras fuerzas creativas de bondad, donde la empatía nos lleve a generar esperanza en aquellos que se sienten turbados por el desánimo y el abandono*. Dios está moviendo nuestros corazones nuevamente, nos está pidiendo algo desde lo más profundo de nuestro ser. Que el escenario de maldad en el cual hemos sido insertados no nos deje sentimientos de abandono o ausencia de Dios, al contrario, la certeza de que está más presente que nunca en nuestra historia. No olvidemos que Dios crea

ex nihilo, y algo muy bueno, prepara al corazón. Que los males, aquellos que aquejan nuestra vida, sean dispersados por el Dios que es presencia sanadora-redentora, donde a pesar de los fuertes vientos, la historia de sufrimiento como la de Job, y nuestras fatigas se nos presenta y nos recuerda: “¡Ánimo!, no tengan miedo, ¡soy yo!” Mt 14, 27.